

La parte invisible del balón

Juan Antonio Isla Estrada

En el Campeonato Mundial de Fútbol que se juega en Alemania no todo es la algarabía y colorido de los aficionados y la perfección organizadora de los germanos. La televisión no muestra el lado oculto de la Copa, la parte invisible del balón. Mas allá de la grama donde se lucha por la posesión de la pelota, detrás de los atavíos estrafalarios o ridículos de los fanáticos y del sincronizado protocolo y la logística puntual, un temor no alcanza a ser captado por los protagonistas del espectáculo, ni por las multitudes ni por los medios que cubren el evento global más importante del año.

Quién podía imaginarse que a la hora que jugaban los equipos de México e Irán, un dispositivo de seguridad que correspondía a un grave temor estaba detrás del suceso deportivo. Qué tenía que ver con la fiesta de la patada un rancio resentimiento político.Cuál era el temor.

La causa de la aprensión alemana no eran los 'hooligans' ingleses que ya han sido domesticados a fuerza de palizas y encarcelamientos cada vez que se embriagan y causan destrozos, ni los nuevos 'hooligans' polacos que parece son herederos de la gratuita y feroz violencia de sus antecesores británicos.

No obstante que el lema del campeonato alemán es "El mundo entre amigos", las autoridades alemanas vivieron la víspera del partido jugado en Nuremberg el domingo 11 de junio, horas de angustia, planeando esquemas preventivos y reactivos ante la posibilidad de que el encuentro fuera aprovechado por el servicio secreto iraní para provocar incidentes destinados a desacreditar a la oposición iraní en el exilio o bien de qué ésta se manifestara contra el régimen de los ayatolas.

Se calcula que viven en Alemania más de 120.000 ciudadanos iraníes cuya gran mayoría abandonaron su país al estallar la Revolución en 1979. Lo curioso es que esta población no está identificada como grupos integrados a un barrio o enclave alguno, sino que han tenido la habilidad de integrarse al viejo continente. Esto se debe quizás a que su pueblo o comunidad es heterogénea; si bien es cierto que existen muchas organizaciones culturales y de refugiados, así como asociaciones que apoyan actividades políticas y en cuyas filas figuran seguidores y opositores al régimen de los ayatolas. Entre los exiliados iraníes se encuentran médicos, ingenieros, empresarios, artistas. Todos ellos perfectamente adaptados y asimilados en un país cuya población común no suele ser muy generosa con los extranjeros que viven en su territorio.

Un personaje ha vuelto a ser el centro de los sentimientos de la mayoría de los exiliados iraníes: es el nuevo Presidente de Irán, Mahmud Ahmadineyad, que provoca a la comunidad internacional con su programa atómico y que exige la extinción (¡nada menos!) de Israel. Este enigmático y controvertido personaje es no sólo el objetivo de la oposición iraní sino el nuevo paradigma de la paranoia de los norteamericanos.

La delegación iraní es la más vigilada de todo el operativo alemán de seguridad. Cientos de elementos policíacos están desplazados en las trayectorias de su autobús. Los jugadores y el cuerpo técnico ignoran que pasa alrededor. Los espectadores por supuesto que están ajenos a un elemento que representa el mayor peligro de contaminación para la organización mundialista.

Ahmadineyad, dirían aquí los spots políticos, es un peligro para el mundo. Pero para los iraníes que viven en el exilio es motivo de vergüenza. Un intelectual que vive en Alemania se pregunta con honda indignación: ¿Quién es se don nadie que se atreve a representar a nuestro hermoso país”. Con algo más de elegancia, pero con las mismas ideas en esencia, Bahman Nirumand, afamado periodista y editor del informe sobre Irán de la Fundación alemana Heinrich-Böll, escribía en un artículo para la revista *Cicero*: “Ahmadineyad es un jefe de Estado impredecible, de ideas completamente radicales alejadas de toda realidad, con poca formación y experiencia en política”.

El que fuera primer Presidente de la República islámica ahora exiliado en Francia, Abdulhassan Bani Sadr, va aún más lejos en sus críticas, al sostener en una entrevista televisiva que Ahmadineyad participó, como miembro de los servicios secretos de la Guardia Revolucionaria, en ejecuciones de exiliados políticos. El mencionado Bahman Nirumand dedica críticas a la política europea: desde su punto de vista, la censura y la discriminación hacia las mujeres en Irán deberían ser temas centrales en Bruselas. En las marchas de Pascua en Berlín, el escritor le reprochó a los regímenes occidentales que Irán sólo les llamara la atención por su opaco programa nuclear. Según Nirumand, si no se hubiesen tolerado antes las violaciones a la democracia, la situación de la sociedad iraní no se encontraría como se encuentra ahora.

Por eso, cuando en el hermoso estadio de Nuremberg los mexicanos hacían su tradicional bullicio en las graderías, nadie estaba enterado que el ministro del Interior de Baviera, Günther Beckstein, reunido con asesores de un staff europeo de servicios de inteligencia, calificaba el encuentro como el más conflictivo de todos los que tendrían lugar en la ronda eliminatoria.

El ministro tenía razón para estar preocupado. Aunque el Consejo de Resistencia iraní señaló que no tenían la intención de manifestarse contra la presencia de la selección, amenazó emprender protestas si llegaba al país el polémico presidente iraní Mahmud Ahmadineyad.

El mandatario permaneció en Teherán, pero el jueves pasado había aterrizado en Munich el vicepresidente iraní, Mohamed Aliabadi, para apoyar a su selección. Después de visitar la capital bávara como un turista casi anónimo, el político viajó a Nuremberg y estuvo presente en el palco de honor del estadio. A pesar de su alto rango, Aliabadi se convirtió en un invitado apestado y, en lugar de recibir una escolta de honor, como lo prescribe el protocolo alemán, recibió la compañía de guardaespaldas.

No sabemos qué otro evento ocupará la atención de los cuerpos de inteligencia y seguridad, pero una cosa sí es segura: no todo es diplomacia y glamour en torno al fetichismo más apasionante del mundo. El deseado trofeo de oro macizo que mueve a miles de millones de espectadores y miles de millones de dólares, tiene su lado oscuro, su parte desconocida: los hondos sentimientos políticos no pueden aparecer en el terreno de juego. Para no envenenar la alegría de los aficionados, los dispositivos de seguridad que mantienen alerta a los responsables de la seguridad alemana y europea, no trascienden más allá del espectáculo del juego de un esférico que se disputa de manera tan primitiva y genial. Y eso, señores, para los que sólo queremos gozar mirando el trayecto de la pelota al fondo de las redes, al grito de “si se puede” en todos los idiomas, está bien, requetebién.